

VI.

Poesías encomiásticas.

Los méritos justamente adquiridos por Gonzalitos eran, á no dudar, dignos de los mayores elogios. No honrar á quien lo merece es una falta igualmente grave, que la de tributar honores á quien de ellos no es acreedor, porque así se pervierte el sentimiento moral y se lastima la justicia en su nobilísimo atributo de dar á cada uno lo que es suyo, exactamente lo que le corresponde: regla de moral y de legislación que debe aplicarse en todos los actos de la vida.

Mal concepto formamos de Roma, al leer en el viejo Plutarco la fina respuesta que Catón el menor dió á quienes le preguntaban, por qué no se le había levantado una estatua, cuando se había hecho tal honor á otros que no lo merecían. Más quiero, dijo el filósofo, que se pregunte por qué no se me ha erigido que el que se preguntara, por qué se me había levantado.

Los jóvenes amantes de las bellas letras se apresuraron á mostrar al querido Dr. González la gratitud del pueblo que le señalaba como su protector, como su amparo, como su padre. Dumarsais, enemigo acérrimo del error y de las preocupaciones, vitupera, y con sobrada razón, á los poetas que en los siglos pasados ensalzaban á los tiranos, porque tales alabanzas son una ofensa que no pueden perdonar la filosofía, la razón y la humanidad. Mas cuando del pueblo, de esa multitud de inteligencias que odian los déspotas y los republicanos veneran; cuando de su mismo seno nacen individuos que dirigen sus cantos á encomiar al sabio, al filántropo, al virtuoso; entonces la razón consigue un triunfo, la filosofía se regocija y la humanidad se felicita; porque es mostrarle que la virtud tiene un altar en cada corazón agradecido.

Un año antes, del en que recibió de parte del Ayuntamiento la felicitación bastante bien merecida, de que ya se ha hablado, su discípulo de medicina y bellas letras, el Dr. Ignacio Martínez le había dedicado la siguiente composición:

A MI QUERIDO MAESTRO

EL SR. DR. D. JOSE ELEUTERIO GONZALEZ,

EN EL DIA DE SU CUMPLE-AÑOS.

¿Qué ofrecerte podré, Mentor querido,
En el día que al Sér Omnipotente

Le pluguiera vinieses á este mundo
A consolar la humanidad doliente?

¿O qué desearte en la feliz aurora
En que tu frente, por la vez primera,
Brillara con la luz de un sol naciente
Al desplegar su roja cabellera?

Que los lauros que nítidos se ostentan
Ornando ya tu sien, arrebatados
Por tu gran genio al árbol de la gloria,
No por el tiempo mire marchitados.

Y esa senda de triunfos y de aplausos,
Que al contemplarla mi agitada mente,
Siento en mi pecho de ambición la llama
Que mirar me hace un porvenir luciente.

Esa senda que bella, esplendorosa,
Dejando vas al recorrer la vida,
Cual la fulgente cauda que el cometa
Del cielo en el zafir deja encendida;

Recuerde siempre en su brillar sereno,
A las gentes que presto nos sucedan,
Que sólo de una vida humanitaria
Gratas las huellas en el orbe quedan.

De tierna gratitud el dulce acento
Halagador resuena en tus oídos
Del que libraste al borde de la tumba,
Al escuchar sus ayes doloridos.

Y mil coronas de laurel luciente
En su arrebató te prodigue el mundo,
Cual homenaje á tu misión gloriosa,
Cual dignó premio á tu saber profundo.

Monterrey, Febrero 20 de 1864.

En el año de 1866 se le obsequió en su
natal por la juventud del Colegio civil con un

baile; baile al que nos propusimos los alumnos
no invitar á oficial francés ninguno. ¡Era tan
triste ver en una fiesta á los instrumentos de
las desgracias nacionales! Entonces uno de
los concurrentes leyó la siguiente hermosa
composición escrita por el Dr. Antonio Margil
Cortez, hijo del pueblo de Galeana y quien
hoy descansa en el sepulcro. •

Al Sr. Dr. José Eleuterio González.

¿Qué te daremos eminente sabio
De tu cumple—años en la fiesta grata,
Si no tenemos mas que humildes versos
Que nuestro afecto á tu bondad consagra?

Tú, que te acercas al doliente enfermo
Y que practicas caridad cristiana,
Y que cumpliendo tal virtud sublime
Del infelice los tormentos calmas;

Tú, que en los seres de natura toda
La Providencia del Creador ensalzas,
Ya en el insecto que en el aire zumba,
O en el lucero que en el éter nada;

Tú, que conoces el camino ardiente
Por donde el sol con sus fulgores pasa,
Y donde toma la apacible luna
Su tibia luz encantadora y blanca:

Tú, que bien sabes donde brota el lirio,
Donde el clavel, y la vistosa dahalia,
Tú, que has medido el anchuroso espacio
Que cubre siempre la extensión salada;

Tú, que luchando con la muerte misma
Armado sólo de tu ciencia vasta,

Miles de seres de la misma tumba
 Has arrancado á la inflexible parca;
 Tú, que comprendes el dolor del hombre
 En este mundo de desdicha tanta,
 Tú, que has sentido las horribles penas
 Con que el destino nuestra vida amarga;
 Recibe afable los sentidos cantos
 Que nuestra lira en tu natal exhala;
 ¡Y quiera el cielo que tu senda se halle
 De bellas flores por do quier sembrada!

Monterrey, Febrero 20 de 1866.

Y fué también entonces cuando el que esto escribe le dedicó los siguientes mal forjados versos:

A GONZALITOS.

Siempre animado de incansable celo
 Por el público bien, de las virtudes
 Y del talento protector y amigo.

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Padre querido del mortal que gime
 De la miseria y del dolor en brazos,
 Y cerca mira en su angustiada cuita
 La temerosa muerte;
 A tí, que ardiendo en sacrosanto anhelo,
 Avido cruzas las distintas sendas
 Del mundo, y siempre por do quier derramas
 Salud, placer y dicha;
 A tí, que reinas en las almas todas
 Por la virtud, y en la revuelta vida
 Cubre la ciencia con afan tus sienes
 De centellante aureola;

A tí, á quien dice el tiempo sus arcanos,
 Y de tus labios con palabras doctas,
 De las gentes pasadas nos revela

Las virtudes ó vicios;

A tí, á quien presta inspiración Apolo,
 Y en dulces horas de ilusión y de estro
 Te da su láud, y con tus cantos mueves

Los afectos del hombre:

Hoy, cuando todos tu natal celebran
 Llenos de gozo y de placer henchidos,
 ¿Qué decirte mi labio, cuando tu eres
 De mi espíritu el guía?

¿Y qué ofrecerte el pecho agradecido?
 Tan sólo en la efusión de mi entusiasmo
 De mi laúd un canto desacorde.....

Pero es canto del alma.

Pequeña ofrenda, mas pregona al mundo,
 Que eres un angel de consuelo al pobre,
 Que eres amparo, y la desdicha ahuyentas
 Del triste y desvalido.

Vieron mis ojos con amor un día
 Llegar á tí gimiendo al desgraciado,
 Y tú, virtiendo llanto de ternura,

Sus congojas calmaste:

Dél la tristeza huyó despavorida,
 Como la nube al ímpetu del viento,
 Y sus acerbos lágrimas de pena

Fueron despues de gozo.

Ah! cada hombre, que tu mano pudo
 Sacar de la tortura del quebranto,
 Quiero que ardiente al resonar mi acento
 Su gratitud te muestre.

¿No ves, no ves que de tu pátrio suelo
 La juventud festiva, alborozada,

Porque prolongue el Hacedor tus días
 Alza votos fervientes?
 ¿No ves, que ahora de olorosas flores
 Riega el camino que tus plantas huellan,
 Y te consagra de laurel coronas
 Emblemas de tu fama?
 Es porque, lleno de *incansable celo*
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector y amigo,
 Su Mentor te pregona.
 Y tu renombre nunca en el olvido
 Sepultarán los siglos con su vuelo.
 Nó; que es eterna como Dios la gloria
 Del que consuela al pobre.

VII.

Restablecimiento del Colegio civil.— Reminiscencias.

PERO de qué podrían servir nuestros
 cantos para extender su fama? De
 qué, ¿cuando no más alguna que otra persona
 los recogía para conservar un recuerdo de la
 festividad? Creemos que un hombre que, como
 Gonzalitos, no tenía otras miras que la educa-
 ción de la juventud, la práctica de las virtudes,
 la de las leyes del honor, y procurar antes que
 todo el adelanto de su profesión y el bien de la
 sociedad en que vivió, era acreedor á mayores
 obsequios; pues como dice Horacio, traducido
 por el Sr. Burgos,

O la virtud no es más que una quimera,
 O al que hace esfuerzos nobles de justicia
 Son debidos honor y recompensa.

Y por eso todo gobierno que desea el ade-
 lanto de una nación; que se desvela porque los
 ciudadanos trabajen por el bien general, debe